



www.loqueleo.com

© 2012, Mario Conde

© De esta edición:

2017, Santillana S. A.

Calle de las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Av. Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-367-4

Derechos de autor: 040415

Depósito legal: 004890

Impreso en Ecuador por Publiasesores

Primera edición en Santillana Ecuador: Julio 2012

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Julio 2016

Décima reimposición en Santillana Ecuador: Septiembre 2017

Editora: Annamari de Piérola

Ilustración de portada: Tito Martínez

Actividades: Cecilia Velasco

Corrección de estilo: María de los Ángeles Boada

Diagramación: Isabel Castellanos

Supervisión editorial: Mauricio Montenegro

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

TODOS ^{los} NUESTROS DE LA MUERTE

Mario Conde

prohibida su venta
© Santillana

loqueleto



Para Gustavo Pazmiño, una luz en el camino.

Índice



La víctima	11
El abogado	19
La pista	25
El testigo	31
El detective	37
El descubrimiento	45
Los tres símbolos	49
El gnóstico astral	53
El mensajero	59
El sabueso	65
La presa	71
El asesino	77
El juez	85
La noticia	93
Cuaderno de análisis	95

La víctima



El reloj despertador suena una hora antes de lo habitual. Las seis de la mañana y el estrepitoso aparato, un cursi artefacto verde con forma de sapo, le arranca el sueño de un tirón. Todavía con los párpados cerrados y la cabeza con un peso de piedra, acciona una mano a tientas, agarra una almohada y la arroja contra el bicho mecánico. El sapito cae del velador, se estrella en el piso alfombrado y sigue metiendo bulla bajo la cama.

11

Envuelto aún en la tibieza del sueño, el joven abogado se dice que uno de estos días lanzará el despertador por la ventana; se lo imagina en el asfalto de la calle, justo por donde pasa un camión de acero que lo reduce a trizas y a polvo verde.

Tras unos minutos cobra fuerzas para abandonar la cama. Primero porque el bicho mecánico continúa con el bullicio. Segundo porque ese día, viernes, hay restricción vehicular para su número de placa y debe ir al consultorio jurídico en autobús. De nada sirven los alegatos reprobatorios contra la ordenanza municipal, así que más vale encaminarse de una vez a la ducha.

Bostezando y malhumorado, recoge el despertador de la alfombra y lo apaga. Lo revisa a ver si tiene alguna melladura:

nada, ni un rasguño, sigue intacto, verde, de mal gusto. Lo devuelve al velador y se dirige al clóset. Mientras busca unos calzoncillos, trata de recordar quién se lo regaló. ¿La flaca pelirroja que a las dos semanas de salir le habló de matrimonio? ¿Una de las secretarias de su amigo Esteban? ¿La pasante universitaria de lentes redondos y cuerpo memorable que a veces visita su departamento con el pretexto de estudiar? ¿O acaso la guapa casada que se levantó una noche en un bar? La verdad, ni idea de dónde vino el ridículo despertador, pero promete que un día lo arrojará desde una terraza.

12

Somete su imagen al escrutinio del espejo del clóset: la barba como una costra en las mejillas, el sueño hinchado en los ojos, el pelo, un delito flagrante contra el buen gusto. Emilio de la Barca, joven jurisconsulto, da media vuelta y va hacia el baño. El espejo refleja la nuca, la espalda, el pijama de seda y un calzoncillo en la mano.

El golpe de agua caliente lo devuelve a la realidad, al estrés y al ajeteo del viernes sin auto. Se ducha en cinco minutos. Se seca. Se embute el calzoncillo y una bata blanca. Antes de afeitarse, trata de imaginar cómo quedaría con barba. ¡Bah! Liquida la idea de una rasurada. Regresa al dormitorio para vestirse al apuro. No tarda más de veinte minutos en abandonar el departamento. Casi van a dar las siete. Si no se da prisa, empezará la congestión y no llegará al estudio jurídico sino hasta después de las ocho, hora en que debe asistir a una audiencia.

Esta mañana se halla de suerte. Al ingresar en la parada de los autobuses articulados, un alargado andén cubierto de cristales grises, encuentra solo cinco personas en la fila, contrario a las treinta y tanto con las que tiene que vérselas cada

viernes. Luego, no pasan ni dos minutos y aparece una unidad roja, dos secciones engarzadas por pliegues expandibles, un acordeón con ruedas donde insólitamente quedan asientos libres en la parte posterior. Al disimulo, retrocede por el andén, ingresa por la tercera puerta y, como los asientos del último están a su disposición, pesca el de la ventana. Allí, ninguna viejita lo obligará a cederle el puesto, por más bastón, paraguas o rosario que esgrima como causal de desalojo.

Mientras la unidad gana velocidad, coloca el portafolio de cuero marrón entre los zapatos impecablemente lustrados. Se fija en que el sol comienza a clarear la mañana. Desde la altura de esa salchicha mecánica, las calles lucen diferentes de cómo suele verlas acomodado en el volante de su Volkswagen Fox. El autobús avanza con la molestia de los semáforos a cada cuadra. Los vehículos rugen para alcanzar la luz verde. Los postes del alumbrado eléctrico corren estáticos en sentido contrario. En un momento, centra la atención en el interior. El pasillo despejado de pasajeros. La cabina del conductor al fondo. Uno que otro asiento libre. Nucas de personas dormidas o ensimismadas.

En las paradas, las tres puertas se abren automáticamente, bajan cuatro o cinco pasajeros e ingresa un número similar. Aburrido a más no poder, de la Barca bosteza en la última fila. Hasta que al aproximarse a la estación de la Maternidad Central los ojos se le llenan de azul.

Distingue el color del vestido a través de los cristales grises. Y no se precisa de una gran vista, pues aquella prenda azul cielo, ceñida al cuerpo como traje de baño mojado, ilumina la parada con la intensidad de una luz de neón. Sobre el vestido sobresale una hermosa cabeza, precedida de unos

13

labios tan humectados que parecen cargados de lluvia, como para beberlos hasta la saciedad un viernes por la noche. De la Barca se acomoda la corbata mientras la chica ingresa por la tercera puerta con una cartera blanca en la mano.

Seductor por naturaleza, le hace una señal como si la conociera y la llama para que se siente a su lado. La chica camina lentamente por el pasillo, escoltada por susurros de admiración. Se detiene ante la última fila y le lanza una mirada etérea, turbulenta como su vestido.

14 —Disculpa —balbucea de la Barca, sobrecogido de pronto por un remolino azul en la garganta—, te confundí con una amiga. Siéntate, por favor.

La chica permanece indiferente, azul, perfumada. Los ojos de su hermosa cabeza se fijan en el extremo opuesto de la fila, junto a la ventana, y ocupa un lugar allí, tan cerca y tan lejos a la vez. Las puertas se cierran y el autobús echa a andar.

De la Barca sonrío para sí mientras su mente trata de urdir una artimaña para salvar los cuatro asientos de distancia. Pero no tiene que hacerlo. Alguien ha dejado abierta aquella ventana y por ahí se cuela el frío de la ciudad. La chica, con la cartera blanca en el regazo azul, intenta cerrarla con ambas manos, inútilmente. Hasta que se da por vencida, levanta la tonalidad de su vestido y ocupa el puesto junto a él.

Vuelve a sonreír, triunfante. La fortuna, el azar, el destino, o cualquiera de esas nociones deterministas en las que no cree, le ofrecen ese precioso regalo. Observa por la ventana que debe quedarse dos paradas adelante, pero nada en este mundo, ni la suspensión de la audiencia, ni una sanción de la Corte Suprema, ni cien mil viejitas con cien mil bastones serían capaces de arrancarlo de ese articulado que

flota por las nubes, directo al cielo, conducido por ese bello ángel uniformado de azul.

El autobús para en la siguiente estación, frente al Hospital de Especialidades. Ingresan unas diez personas que ocupan todos los puestos libres, excepto los restantes de la última fila. Tras ellas, se mete un indigente, un viejo con unas zapatillas Converse rotas, pantalón gris dos tallas más grandes que la suya, levita de color indefinible, manchas cenicientas sobre las arrugas del rostro, una gorra de cuero completamente raída. El anciano da unos pasos temblorosos por el pasillo. Porta al hombro un sucio morral de cáñamo. Se mueve con la cabeza gacha. En esta posición encorvada lo descubre de la Barca. Súbitamente, experimenta una corriente helada que le circula por los dedos de las cuatro extremidades, por los pies y las manos, por los brazos y las piernas, por el tronco inferior y superior, por el orificio del ombligo donde converge una tormenta glacial que le provoca un escalofrío en el cuerpo.

A medida que el anciano avanza, comprende con aversión que viene a ocupar el asiento junto a la chica; extrañamente, ella persiste en su indiferencia como si el azul del vestido conjurara los peligros del mundo.

—Mejor pásate a mi puesto —le dice.

Ella no responde.

Su aversión muta en perplejidad. El viejo indigente, arrimado a un asiento de la penúltima fila, introduce una mano en el morral de cáñamo y extrae una cuchara. Ni sucia ni limpia. Ni nueva ni vieja. Ni pobre ni rica. Solo una cuchara. Al parecer va a cantar o inventar algún embuste para mendigar dinero. Pero no. Apunta el utensilio hacia el

rostro de ambos y empieza a darle vueltas en sentido contrario a las manecillas del reloj. Luego, repulsivamente, se lleva la cuchara a la boca como si comiera algo y reanuda el movimiento anterior.

En un principio, de la Barca no sabe si repudiar o compadecer la manía del anciano. Dirige la vista a la chica para observar su reacción: azul e indiferente, seguramente paralizada de miedo. Se solidariza con ella y el viejo le resulta aberrante, sobre todo por esa cuchara que se mueve ante sus narices, lo que hablando en términos legales constituye un ultraje sin atenuantes. Decide intervenir.

Con un rápido movimiento, intenta apoderarse del utensilio, pero falla y atrapa la mano del viejo. La siente helada. Forcejea un instante. La cuchara se desprende con el tironeo y golpea el brazo de la chica, unos centímetros cerca del azul del vestido. Ella emite una ligera queja y se cubre el rostro con ambas manos. De la Barca aprovecha la confusión para asir el utensilio.

El movimiento sorprende al indigente. En sus facciones cenicientas aparece una mueca de desconcierto y extiende la palma de la mano, suplicante. El joven abogado ve la inmundicia de aquella palma, una costra de mugre sin ninguna línea. Asqueado, pretende ignorar al viejo. La chica, en tanto, todavía cubierta el rostro, arrima su cuerpo al suyo, una reacción instintiva en busca de protección.

Ahora, el autobús marcha a velocidad. Se fija en los demás pasajeros, clavados a los asientos, indolentes. Como en cualquier situación donde está más en juego la vergüenza que el temor, nadie regresa a ver. El indigente le extiende la palma de la mano por segunda vez, bajo su gorra raída

sobresalen unos ojos en los que se mezclan la ira y la súplica. Extrañamente, de la Barca cree advertir que el viejo tiene dos pupilas en cada ojo.

—¡No le doy nada! —Por seguridad, guarda el utensilio en el bolsillo de la chaqueta.

—Pues si ese es tu deseo —dice el anciano—, vendré a recogerla en unos meses.

Una cosa es segura: el viejo está demente como una cabra. Sin más palabras, da media vuelta y se aleja por el pasillo en dirección a la cabina del conductor. Al rato, cuando el autobús se detiene en la parada de los juzgados, desciende por la primera puerta.

De la Barca respira con alivio al sentir el movimiento del articulado. A través de los vidrios grises de la estación ve la figura con el morral al hombro, cada vez más encorvada, lejana.

—Ya se bajó el viejito chiflado —le dice a la chica, pero ella sigue azul, indiferente, inmóvil contra su hombro como si durmiera.

Vuelve a hablarle.

Ella no responde.

Preocupado, la toma por el hombro, la mueve ligeramente hacia adelante y ¡cataplám!, se desploma como un maniquí azul.

Enseguida, los pasajeros lanzan un sinnúmero de miradas y se levantan a prestar ayuda. Hay tal alboroto que el autobús se detiene. Una señora de zapatos blancos se abre paso entre los curiosos y presiona el pulso de la chica. Todos miran expectantes.

—Un paro cardíaco —explica la señora—. Acaba de fallecer.

¿Fallecer? ¿Morir? ¿Extinguirse? Emilio de la Barca se niega a creer. Se halla en una unidad de transporte público, rodeado de curiosos, arrodillado ante un cadáver envuelto en una mortaja azul. ¡Imposible! Las chicas hermosas no mueren en los autobuses.

18

El abogado



De la Barca no se presenta en el recibidor del estudio jurídico sino hasta después de las once de la mañana.

19

—¿Qué le pasó, doctor? ¿Está bien?

Mireya, la secretaria, deja de transcribir un título de propiedad y abandona su escritorio para ofrecerle un vaso de agua. En ese momento resulta conveniente que Mireya lleve poco tiempo en la oficina, así no debe explicarle por qué no asistió a la audiencia ni dónde ha estado toda la mañana. Tras más de una hora de declaraciones en la estación de Policía, lo que menos desea es hablar con su secretaria. Ahora solo le interesa trasponer la puerta que separa su despacho del recibidor, estar a solas, ocupar su escritorio, olvidarse de lo ocurrido en el autobús, de las sirenas de las patrullas, del plástico verde oliva que cubrió el pelo, la cara, el vestido azul de la occisa.

Sin esperar el vaso de agua, ingresa en su despacho, en el noveno piso, espacioso e iluminado por un gran ventanal, desde donde se observan las dos edificaciones blancas de los juzgados y los cristales grises de la estación del articulador. Los pasos de la secretaria resuenan en el piso de madera y se da la vuelta para recibir el agua.

Da un trago mecánicamente, una sensación fresca por la garganta, y desea más, como después de una noche de parranda. Quizá toda la mañana ha estado sediento pero no se ha percatado. Ingiere el contenido del vaso con avidez. Se lo entrega a Mireya, quien lo mira extrañada. La secretaria parece a punto de lanzar una pregunta más allá de los límites de lo profesional, pero la disuade con una mirada hosca.

—¿Le sirvo otro vaso, doctor? —dice finalmente.

—Sí, por favor, gracias.

20 Ahora que se halla solo en su despacho se siente mejor. Reflexiona en que debe evitar la desagradable escena de embutirse otro vaso de agua delante de Mireya. Entonces nota que todavía sostiene el portafolio en la mano, como el vendedor de libros jurídicos que viene los martes en la mañana. Se reprocha a sí mismo. Deja el portafolio sobre la silla de su escritorio y abre una carpeta amarilla que encuentra a mano.

—¿Qué ocurrió con la audiencia? —pregunta cuando la secretaria deja el segundo vaso de agua sobre el escritorio.

Ella lo mira con perplejidad antes de responder:

—Lo que le informé por teléfono, doctor. Hay que presentar un nuevo escrito y esperar otra fecha de audiencia. El expediente está en la carpeta que... tiene en las manos.

—¡Otro mes de espera! —comenta de mal humor, como si la culpable de la suspensión de la audiencia fuera la secretaria.

—¿Desea algo más, doctor? ¿Está bien? ¿Se siente enfermo? —Mireya luce preocupada—. Llamó el doctor Larriva y preguntó por usted. Dijo que estuvo tratando de comunicarse a su celular, pero que no le contestaba. Le informé que estaba en un careo, como me indicó usted.

Eso lo tranquilizó. El doctor quería llamar a la Policía para reportar su desaparición.

De la Barca cierra la carpeta, la pone sobre el escritorio y toma un trago de agua, esta vez con moderación. Le viene a la mente la imagen de Esteban, el doctor Larriva, como lo llama Mireya. Sonríe por lo paradójico de la situación: su amigo reportando su desaparición en la estación de Policía, precisamente el lugar donde rendía una declaración sobre los hechos del autobús.

—Si no desea nada más, voy a continuar con una transcripción —dice la secretaria.

Le comunica que no necesita nada, que por favor retire el vaso y vuelva a su escritorio. Se sienta como si fuera a trabajar, pero solo a medias, pues en la silla se interpone su portafolio. Lo retira y lo deja en el piso de madera. Ahora sí ocupa la silla con comodidad. Le pide a Mireya que cierre la puerta del despacho, ya que va a redactar las excusas para solicitar una nueva audiencia.

Una vez a solas, enciende la *laptop*. Toma de nuevo la carpeta mientras aguarda que la máquina se cargue. Piensa en redactar la excusa, aunque sabe de sobra que no va a trabajar pues tiene en la cabeza la imagen de la chica, hermosa al principio e intimidante luego con el cuerpo cubierto por una bolsa plástica.

Desde el ventanal del despacho, hacia el norte, observa las dos edificaciones blancas de los juzgados. Como defensor penalista, en múltiples ocasiones ha llevado casos relacionados con la muerte, pero esta siempre ha sido una causal distanciada, un hecho punible, nunca un cadáver rígido y frío tendido a sus pies. Por otra parte, jamás ha

evidenciado la transición entre la vida y la muerte, tan juntas la una a la otra que acaba de comprender que no siempre ocurre un proceso de crecimiento, decadencia, enfermedad, testamento, agonía, estertor. En lo absoluto. Ninguna persona, incluso saludable como parecía la occisa, está exenta de la muerte. La idea es macabra: a Esteban, a Mireya, a la universitaria de lentes redondos, al agente Van García que le tomó las declaraciones en la Policía, incluso a él mismo, les ocurre la muerte en cualquier momento...

22 El timbre del celular lo saca de sus pensamientos. Es Esteban.

—Hola, viejo. ¿Qué hay?

—¿Qué te pasó, Emilio, estás bien?

—Sí, viejo. Lo siento por no responder. Rendía unas declaraciones en la Policía.

—Creí que estabas en un careo.

Sin ningún preámbulo, le cuenta a su amigo lo ocurrido.

Silencio en los dos aparatos telefónicos. Hasta que Esteban vuelve a hablar:

—¿Estás bien?

¿Por qué todos se empeñan en averiguar lo mismo? Aunque analizando la pregunta, ¿se encuentra bien en realidad? ¿Por qué se siente conmocionado? Todos los días se difunden noticias de personas que mueren. Su abuela falleció el año pasado, tan tremendamente sola que el cadáver no fue hallado sino hasta después de cinco días. Y aun así ese deceso no le marcó en lo más mínimo. ¿Por qué ahora no va a estar bien?

—¿Cómo estás, Emilio? —vuelve a preguntar su amigo.

—Bien, viejo, no pasa nada. Cuando me llamaste la primera vez, se llevaba a cabo el levantamiento del cadáver.

Después tuve que ir a la Policía para dar mi versión de los hechos a un detective. Fórmulas de rigor, tú sabes.

—¿Vas a salir en las noticias?

De la Barca reflexiona. ¿Cómo Esteban puede hacer una pregunta así de trivial en ese momento en que se siente conmocionado, inusualmente profundo, casi un filósofo que acaba de descubrir que todo ser vivo es propenso a la muerte? ¡Sí, a la muerte! Y no se trata de la invención del agua tibia. Todos saben que un día vendrá la muerte, una cita ineludible en el futuro, pero ignoran que no viene de ningún lado, está latente en el interior de cada vida, un hecho concertado desde el nacimiento. Toda vida incuba una muerte latente...

—Lo digo por tu reputación —explica la voz por el celular—. Si por ahí andaba algún periodista, tenemos que movernos para que no te veas involucrado. No te imaginas el perjuicio si tu nombre resulta asociado con un deceso así de mediático.

La advertencia de Esteban cobra sentido. Sobre todo en lo de la reputación y en el deceso. Trata de convencerse de que el término legal calza en la situación. En una unidad de transporte público ocurrió un deceso. Una muerte natural o civil. Nada más. No hay razón para que se vea involucrado. Mejor no pensar en la occisa del autobús, como la llamaba el detective Van García. Aquel cadáver de vestido azul no debe afectar su vida. Esa noche saldrá a algún bar con Esteban. Buscarán dos chicas para pasarlo bien, beberán unos tragos y asunto olvidado. Le tranquiliza a su amigo.

—No, no vi a ningún periodista. Tal vez la noticia salga en los diarios de la tarde, pero no hay fotos. Ni mi nombre.

La pista



24

—Menos mal. —La voz de Esteban adquiere seguridad y cambia de tema—. ¿Qué hacemos esta noche?

—En lo mismo estaba pensando, viejo. ¿Qué te parece si nos topamos a las cinco? —Mecánicamente, voltea la muñeca para ver el reloj y se sorprende al descubrir una mancha en la palma de su mano.

—A las cinco —confirma Esteban—. Cambio y fuera.

Deja el celular sobre la carpeta amarilla. ¿Y esa mancha? Toma un paño del dispensador. Se limpia con suavidad. Nada. Se frota con fuerza. Tampoco. Se restriega con violencia. Menos. ¿Dónde se la habrá hecho? Se levanta y va al baño, que queda al otro lado del recibidor. En su escritorio, Mireya no aparta la vista de la computadora.

Mientras se lava las manos con jabón líquido, trata de deducir dónde pudo haberse manchado. ¿En el ascensor del edificio? ¿En el taxi de regreso al estudio jurídico? ¿En la estación de Policía? Se restriega la palma en el filo del lavabo. Se enjuaga y se seca, pero la mancha persiste. La observa detenidamente a la luz del gabinete del baño. La examina largo rato y un frío que parece propagarse desde el centro del ombligo le recorre la piel. La mancha es entre gris y amarilla, como si hubiese sufrido una ligera quemadura o hubiese asentado la mano en un cenicero. Lenta e inevitablemente, el color le trae la imagen del viejo indigente. Ahora, una parte de su piel tiene la misma tonalidad ceniza de ese rostro repulsivo. Angustiado, se palpa el bolsillo de la chaqueta. La cuchara sigue allí. Recuerda que se apoderó del utensilio con esa mano... Recuerda que el utensilio golpeó el brazo de la chica...

De la Barca arroja la cuchara en el lavabo.

25

En raras ocasiones, de la Barca se levanta los sábados antes del mediodía. Ahora, por ejemplo, que son las ocho y media y ya se halla fuera de la cama. Ha dormido mal, siente un temblor en las piernas y le estalla la cabeza, a pesar de haberse acostado a eso de las nueve de la noche, sin beber ni una gota de alcohol. Atribuye el malestar a la perturbación y al estrés de la tarde anterior, que se la pasó tratando de eliminar la mancha ceniza con alcohol antiséptico, cloro y acetona, sin ningún resultado.

Para completar lo inusual de un sábado en la mañana, abandona el edificio a pie, dejando su Fox en el parqueadero. Sobre la ciudad brilla un sol agradable que le calienta los huesos de las piernas y mitiga el dolor de cabeza. Mientras recorre las dos cuadras hasta la parada del articulado, le da vueltas a la idea que ha venido madurado toda la noche: encontrar al indigente. Por una absurda deducción carente de lógica, ha llegado a concluir que el anciano es el responsable de la mancha ceniza, así que al localizarlo lo obligará a dejarle la mano como antes.

Una vez instalado en una unidad, no a reventar pero sin asientos libres, se arrepiente de no haber emprendido